

LA REVOLUCIÓN LATINOAMERICANA DEL SIGLO XXI

Raúl Zibechi

Cuatro revoluciones triunfantes hubo en América Latina en el siglo XX: la mexicana en 1911, la boliviana en 1952, la cubana en 1959 y la sandinista en 1979. Tres de ellas fracasaron por implosión, cuando las fuerzas rebeldes no fueron capaces de orientar su triunfo en una dirección antisistémica. La cubana, la única que se mantiene en pie, ha conseguido importantes logros en salud y educación, pero no se puede decir que esté transitando un proceso emancipatorio.

Las revoluciones del siglo XX en América Latina, confirman lo que nos han enseñado las veinte revoluciones triunfantes en el mundo, desde la revolución rusa de 1917 que cumple cien años, hasta la vietnamita y la china: que los pueblos, los trabajadores y campesinos pueden derrotar a las clases dominantes y al imperialismo.

Este es un tema mayor, ya que a lo largo de los últimos cien años se han producido revoluciones cada cinco o seis años, si contamos apenas las que llegaron al poder y se consolidaron. Si sumáramos además las que fracasaron en ese empeño, probablemente habría que duplicar la cifra total. En todo caso, comprobar que los pueblos pueden vencer, debe llenarnos de esperanza en estas horas de ofensivas de las derechas y retrocesos de las izquierdas.

Fracaso en el segundo paso

Como ha señalado en varias oportunidades el sociólogo Immanuel Wallerstein, las revoluciones han seguido una estrategia en dos pasos: primero tomar el poder y luego transformar la sociedad. Este segundo paso siempre ha mostrado mayores dificultades que el primero, al punto que tres revoluciones en nuestro continente se puede decir que estallaron desde dentro, por diversos motivos.

En el caso mexicano y el boliviano la falta de una dirección política unificada con claridad de criterios, ha sido una de las razones de que el empeño de millones se perdiera en los vericuetos del poder estatal. El caso nicaragüense enseña la combinación entre la presión exterior (que siempre está presente) y los límites del sandinismo, tanto políticos como éticos, para explicar el sonado fracaso de la más reciente revolución latinoamericana.

El caso de Cuba es más complejo. Los problemas no devienen de la falta de una fuerza política hegemónica, ya que la dirección encabezada por Fidel mostró siempre caminos concretos a una población que desde los primeros días estuvo dispuesta a seguir a sus dirigentes. Hay cuestiones estructurales que me parecen mucho más pertinentes y que explican las enormes dificultades para transitar un camino diferente al capitalista, del cual la isla parecía haberse apartado y que ahora parece querer retomar.

Los mejores momentos de la revolución, desde mi mirada actual, fueron los de la década de 1960, cuando el Che impulsaba relaciones sociales no capitalistas en el trabajo (apelando al trabajo voluntario) y en la vida cotidiana. Cuando se debatía si en las sociedades de transición la ley del valor debía regular la economía, así como las contradicciones entre mercado y plan, entre muchas otras. El Che apelaba siempre a la conciencia de los trabajadores para acotar los estímulos materiales que fomentaban, en su opinión, la reproducción del capitalismo. Junto a la revolución cultural china y los primeros años de la revolución rusa, la cubana representó los mayores intentos por trascender la realidad heredada.

En los casos mencionados, el frenazo y posterior retroceso no se debió al imperialismo (que hizo su trabajo) sino a dificultades internas, que podemos establecer en un punto nodal: la mayor parte de la población se levantó porque vivía muy mal (guerras, hambrunas, represión, etc.), pero cuando empezó a vivir mejor, la potencia de la conciencia se fue desvaneciendo hasta quedar en una suerte de apoyo pasivo al sistema de Partido/Estado socialista.

Quiero poner el acento en la actitud de los pueblos más que en los supuestos errores de las direcciones de los partidos y del Estado, porque quienes decimos ser de izquierda y revolucionarios debemos aceptar que la historia la hacen los pueblos, no los caudillos. No quiero decir que la actitud de éstos no tenga importancia. Vaya si la tiene. Pero en última

instancia, quienes pisán el acelerador o el freno en los procesos de cambio, son los pueblos, las clases y las generaciones más jóvenes.

La segunda cuestión a destacar es que las revoluciones han sido hijas de las guerras. En consecuencia, en el poder se instala un grupo dispuesto de forma jerárquica, integrado por hombres blancos ilustrados. Esa disposición del nuevo poder, imprescindible para ganar la guerra a las clases dominantes y al imperialismo/colonialismo, es un obstáculo para avanzar en el sentido de una sociedad más igualitaria. Estamos ante un problema estructural que afectó a todos los procesos de cambio, de modo relativamente independiente de quiénes estuvieran al frente del aparato estatal/partidario.

Este grupo o partido de vanguardia es el que ha encabezado la reconstrucción de los poderes estatales, en general desarticulando o minimizando los poderes no estatales como los soviets, en el caso ruso, y las formas de poder popular en las otras revoluciones. En este punto, quiero tomar distancia de quienes atribuyen los fracasos a las corrientes que se hicieron con el poder (Stalin o Teng Siao Ping), ya que pienso que estamos ante una dificultad mayor, que se relaciona con la imposibilidad de pensar la emancipación más allá del horizonte estatal. Probablemente la disposición de las fuerzas vencedoras tenga alguna relación con esta cuestión que vale la pena reflexionar.

La tercera es que nunca hemos contado con una economía socialista y construirla se ha revelado mucho más difícil de lo imaginado. Una economía que no funcione en base a la división entre el trabajo manual y el intelectual, entre quienes mandan y quienes obedecen, entre ciudad y campo, entre producción y distribución. Considero que este es un punto muy delicado y muy oscuro en los debates actuales, pero también lo fue en la historia. Recordemos que Lenin defendía el taylorismo y el fordismo, que propuso que el socialismo consistía en “soviets más electrificación” y que hoy la mayor parte de la izquierda no puede ver más allá de la propiedad privada o estatal de los medios de producción.

No contamos en esta sociedad con una economía con impulso propio, auto-sustentable y capaz de reproducirse a sí misma sin la intervención de agentes externos al ciclo económico, como el Estado o el partido. Esta es una desventaja muy seria para los procesos de cambio. Sólo las economías comunitarias y la llamada economía solidaria están en condiciones de ofrecernos ejemplos vivos de otra economía posible, pero no son consideradas alternativas para la inmensa mayoría de las izquierdas y del campo popular.

La cuarta, muy relacionada a la anterior, es que la cultura hegemónica entre nosotros es la cultura del capitalismo y del patriarcado, y que cambiarla ha mostrado ser mucho más difícil de lo que creímos. Una nueva cultura no se crea y recrea en poco tiempo. Pero, sobre todo, para que algún día llegue a ser hegemónica, aceptada como “sentido común” por las mayorías, se requiere de un largo proceso de décadas o siglos.

La quinta cuestión es que la clave de una sociedad es quién tiene el poder. En ninguna de las revoluciones el poder ha descansado, durante un período más o menos largo, en los trabajadores y los campesinos. Incluso en Rusia, el poder soviético fue efímero. Luego sobrevino la reconstrucción del Estado y del ejército rojo para frenar la contra-revolución. La cultura capitalista nació, lentamente, a partir de mediados del siglo XIV, cuando la peste negra creó las condiciones materiales y espirituales para superar la cultura hegemónica bajo el feudalismo*. Sólo con los siglos y la sucesión de catástrofes, pudo convertirse en sentido común.

De las cinco cuestiones mencionadas, creo que la decisiva es quién tiene el poder. En general, se lo han apropiado los encargados de gestionar el Estado, dando nacimiento a una camada de gestores que no son propietarios de los medios de producción, pero los utilizan en su propio beneficio ya que los controlan a través de la gestión. A mi modo de ver, este es un punto ciego del pensamiento crítico, demasiado focalizado en la propiedad y muy poco en la gestión y en la división del trabajo.

A través del control de los medios que formalmente pertenecen al Estado y del control del aparato estatal, los gestores se apropián de los excedentes generados por los trabajadores. No hace falta tener la propiedad, con tener la gestión alcanza para formar parte de una clase explotadora. La realidad de los fondos de pensiones, que tienen infinidad de pequeños

propietarios pero son dirigidos por gerentes que ganan fortunas, debería movernos a investigar y analizar esta nueva realidad del capitalismo que no conocieron ni Marx ni Lenin. A propósito, Mao escribió durante la revolución cultural acerca de la nueva burguesía que estaba naciendo bajo el poder rojo, sin necesidad de ser propietaria ni de la tierra ni de las fábricas.

En apretada síntesis: se puede tomar el poder, pero los pasos siguientes son mucho más difíciles y hasta ahora nadie en ningún lugar ha conseguido crear una sociedad como la que seguimos imaginando, soñando y deseando.

El papel de los movimientos sociales

En los últimos años los movimientos vienen creando espacios en los que ensayan culturas diferentes a las hegemónicas. Eso supone un cambio radical, ya que en esos espacios se experimentan relaciones sociales de nuevo tipo, en general diferentes al capitalismo. Me refiero al Movimiento Sin Tierra de Brasil (MST), a los diversos movimientos organizados en Via Campesina, así como colectivos afrodescendientes en Brasil (quilombolas) y en la costa Pacífico de Colombia (sobre todo el Proceso de Comunidades Negras), y diversas comunidades indígenas rurales andinas y urbanas como Cherán, en México.

Una característica de estos movimientos es la territorialización, la toma/recuperación de tierras donde establecen comunidades que cultivan la tierra, a veces de modos no convencionales, o sea sin agrotóxicos. Lo hacen en forma cooperativa o colectiva por ayuda mutua, en tierras familiares o comunes, donde debaten en asambleas los modos de organizar la producción y la distribución.

Una característica notable es que han logrado implementar escuelas y clínicas de salud autogestionadas en esos mismos territorios. En algunos casos, como el MST, la cantidad de espacios de educación es notable: 1.500 escuelas que funcionan en los asentamientos, con pedagogías propias y docentes del movimiento. No son experiencias marginales, sino una parte del mundo nuevo que ya está naciendo y que probablemente se vaya consolidando a lo largo del tiempo.

Los medios de comunicación alternativos, comunitarios o autogestivos, son otra de las notables experiencias populares. En Argentina la Asociación de Revistas Culturales Independientes Autogestivas (ARECIA) afirma que en su último censo encontró casi 200 publicaciones en papel y digitales que generan trabajo para 1.500 personas y cuentan con 7 millones de lectores. Detrás de ellas hay centros culturales, cooperativas de trabajo y organizaciones sociales. No son medios marginales, ya conforman una masa crítica que ha logrado posicionar la desaparición de Santiago Maldonado en la sociedad argentina, entre otros logros.

Los movimientos actuales tienen, por lo tanto, una importancia estratégica. En ellos se foguean y forman cientos de miles de militantes, que están practicando una cultura diferente a la hegemónica. De modo que crean las condiciones materiales y culturales de la revolución, algo que no sucedió en procesos anteriores que debieron comenzar casi de cero (salvo el caso de las zonas rojas chinas), antes de la destrucción del aparato de poder de las clases dominantes.

La revolución zapatista

En cinco regiones de Chiapas, más de mil comunidades que agrupan entre 200 y 300 mil personas, organizadas en 35 municipios y cinco juntas de buen gobierno, están construyendo un mundo nuevo, con sus formas de poder, su justicia, sus espacios de auto-gobierno comunitario, municipal y regional.

Se trata de la primera revolución que desafía la trayectoria en dos pasos de las revoluciones anteriores y se diferencia de ellas por lo menos en cuatro aspectos: el papel central lo juegan las comunidades, las mujeres son protagonistas de igual nivel que los varones, se han construido poderes no estatales (que no son calco y copia del Estado, sino que se inspiran en la rotación comunitaria) y han descartado la guerra, aunque van a defenderse si los atacan.

Creo que el proceso zapatista parte de los límites que habían mostrado las revoluciones anteriores y se propone tomar otra dirección, bien diferente a las que conocimos desde el poder soviético. Quiero expresar una aproximación a esa realidad en tres puntos.

Uno. Estamos ante poderes de nuevo tipo, que no se parecen a los soviets (parlamentos obreros) pero pueden tener algo en común con las comunas chinas. Lo más destacable es que

la lógica y la cultura comunitaria es la que moldea y modela todos los espacios de poder. Las juntas de buen gobierno rotan semanalmente, imparten justicia en base a los mismos criterios de las comunidades, no forman una burocracia civil y militar, que es el núcleo de los Estados, sino formas de poder no estatal que funcionan desde hace más de una década y no se han burocratizado ni han sido usurpadas por el partido.

Dos. Han construido una sociedad otra, con todos los atributos que tiene una sociedad, desde la educación y la salud hasta la producción y la distribución en formas diferentes a las hegemónicas. Tienen bancos que hacen préstamos a las bases de apoyo y han logrado poner en pie un sistema económico que se sostiene y reproduce, y en el cual los trabajos colectivos (que practican desde hace ya 30 años) son el motor de la autonomía, que es la seña de identidad que caracteriza al zapatismo. Autonomía de todos y todas en todos los niveles, desde la comunidad hasta el caracol, desde la familia hasta las cooperativas de mujeres, desde la salud hasta la educación, todo es autonomía.

Tres. No hay un grupo de varones blancos ilustrados al timón de mando. El grupo que llegó a la selva Lacandona (miembros de las FDN), se colocó pronto por debajo de las comunidades, al servicio de las bases de apoyo. Ese proceso se profundizó a comienzos de la década de 2000, cuando decidieron crear las juntas de buen gobierno y dejar al ejército como instancia de defensa y vigilancia, pero sin intervenir e interferir en los asuntos de las autonomías.

No van a extender este proceso a punta de fusil, porque implica crear un aparato estadocéntrico y, sobre todo, porque las comunidades no quieren la guerra. El marco de su revolución no coincide con las fronteras del Estado-nación. Hacerlo así sería, como menos, una concepción colonial. No aspiran a gobernar a otros y otras, sino impulsar el autogobierno más amplio de todos y cada uno de los pueblos y grupos oprimidos.

Por último, la transición hacia un mundo nuevo, nos enseña la historia, demanda siglos. Así fue la transición de la antigüedad al feudalismo y de éste al capitalismo. En esa transición, algunas experiencias como la zapatista, y probablemente los asentamientos sin tierra, serán recuperadas en algún momento por sectores más amplios. Algo así sucedió con los burgos democráticos y autónomos en la edad media y con la “marca germánica” en los siglos posteriores a la caída del imperio romano.

Puede parecer poco, pero lo mejor que podemos hacer para impulsar la revolución en América Latina, es crear, potenciar, difundir y sostener experiencias de base, abajo y a la izquierda, como las que -en mayor o menor grado de extensión- existen ya en nuestro continente.

*Peste negra o peste bubónica, entre 1346 y 1352 aproximadamente, provocó la muerte de más de la mitad de la población europea, sobre todo en el área del Mediterráneo.

Prólogo Öcalan

Los tiempos densos e intensos, cuando la vida de las personas y de los pueblos está en juego, son como relámpagos que iluminan lo que ocultan las sombras de la noche. Las grandes calamidades colectivas ponen a prueba lo aprendido y empujan a innovar, como único camino posible para sortear el desastre. Se trata de puntos de quiebre en la historia, momentos de máxima tensión en los cuales podemos, además, conocer todo aquello que en los períodos de calma permanece sumergido en la grisura de la vida cotidiana.

Fernand Braudel escribió: “Mucho más significativo aún que las estructuras profundas de la vida son sus puntos de ruptura, su brusco y lento deterioro bajo el efecto de presiones contradictorias”¹. Estaba convencido que el naufragio es el momento más importante, porque permite comprender las causas que hundieron el modelo construido, visualizar los errores en el diseño que sólo se pueden observar en esos momentos de viraje que denominamos crisis o tempestades. Tenemos el privilegio, doloroso por cierto, de estar viviendo la quiebra del tiempo lineal y progresivo, que nos permite abrirnos a otros tiempos, imprevisibles, inciertos pero seguramente fructíferos porque, para quienes anhelamos un mundo nuevo, no hay nada peor que los tiempos previsibles de la linealidad institucional burocrática.

Los pueblos y los seres humanos colocados en callejones sin aparente salida, a merced de situaciones que no controlan, deben aguzar el ingenio para fugar del campo alambrado, vigilado por guardias implacables. En esas tremendas circunstancias, su

vida depende de que comprendan el tejido profundo de las opresiones, ya que en las circunstancias extremas los gestores del sistema dejan de lado los formalismos y los discursos prolijos, para mostrarlo como lo que realmente es: una maquinaria de exterminio. Los campos de la muerte ocupan, así, el lugar del ágora, y la mano amenazante se desentiende del discurso integrador que habla de ciudadanía. En suma, la opresión y los opresores se liberan de sus máscaras y todo lo que nos oprime empieza a brillar con su terrible color de muerte.

¿Acaso Gramsci no escribió los más agudos análisis de la época en la prisión donde lo tenían aislado los fascistas? Auguste Blanqui, el revolucionario socialista francés apodado “L'enfermé” (El encerrado) por las numerosas y extensas estadías en prisión, escribió en ellas algunas de sus más memorables obras. En ambos casos, las asombrosas visiones de los prisioneros nos alumbran hasta hoy, tanto por la clarividencia de los escritos como por la energía rebelde que se palpa en ellos.

El cuerpo encerrado y aislado de Abdullah Öcalan es una metáfora mayor de las vicisitudes que atraviesa el pueblo kurdo, sitiado entre guerras imperialistas y extremismos islámicos, desgajado entre estados-nación que le entorpecen ser pueblo. Sin embargo, Öcalan ha sido capaz de escribir una de las obras más luminosas que conocemos en este oscuro y complejo período de la historia. Tan luminosa como la notable resistencia de su pueblo, acorralado en las montañas turcas y en la estrecha franja del norte de Siria, donde además de resistir está creando un mundo nuevo, en medio de una guerra de exterminio librada por las principales potencias regionales y globales.

Este libro de Abdullah Öcalan, “Manifiesto por una civilización democrática. Tomo II”, lleva por subtítulo “La Civilización Capitalista. La era de los dioses sin máscaras y los reyes desnudos”. Sobre su particular metodología quisiera sugerir dos cuestiones. La primera es su empeño en contextualizar el objeto de análisis en una amplia perspectiva histórica, lo que lo lleva a realizar una vasta reconstrucción y un relato de larga duración sobre cada materia que aborda. De ese modo, el lector no tiene forma de perderse.

La segunda es que se nos brinda una visión del mundo centrada en Oriente Medio, el lugar donde el pueblo kurdo protagoniza su gesta histórica. Este aspecto me parece central. El lugar desde el que se emite un discurso, un análisis, desde donde se elabora una teoría, debe estar localizado en algún lugar, salvo para el pensamiento eurocéntrico que tiene vocación de convertir la visión propia en verdad universal. Una historia que parte de los pueblos que habitaron la Mesopotamia, no puede sino enriquecer la historia de todos los pueblos, ya que sus particularidades suman a lo universal, como ya nos alertó medio siglo atrás Aimé Cesaire, quien se negaba tanto a perderse por “segregación amurallada en lo particular” como a disolverse “en lo universal”. Su opción era por “un universal depositario de todo lo particular”, como finaliza su carta a Maurice Thorez en 1956².

A renglón seguido, quisiera destacar cuatro aspectos del pensamiento de Öcalán presentes en este libro. El primero tiene que ver con la crítica al economicismo, omnipresente en el marxismo y en todas las tendencias del pensamiento crítico. Opone a quienes consideran “el nacimiento del capitalismo como resultado natural del desarrollo económico” (desde Marx a Lenin), una concepción que lo considera resultado del poder militar y político, y usurpador de valores sociales, entre los que destaca “la mujer-madre por el hombre-fuerte y el grupo de bandidos y ladrones que le acompañan” (p. 27).

El análisis es realmente profundo y esclarecedor. “En las guerras coloniales –escribe el prisionero de Imrali- donde se realizó la acumulación originaria, no hubo reglas económicas” (28). La violencia fue la fuerza motriz de la acumulación de capital, y sigue siéndolo. En este punto, como en otros decisivos, se apoya en el historiador Fernand Braudel, que en su opinión supera a Marx en cuanto a la comprensión de la sociedad capitalista.

Tiende puentes con las cosmovisiones de nuestros pueblos originarios de América Latina, al considerar que la “cultura del regalo” (para los latinoamericanos el “don”, de donar), impide la concentración de riquezas y funciona como modo de redistribución, afinado y refinado por los pueblos andinos quechua y aymara, en lo que Öcalan define como “la verdadera economía humana” (p. 30).

En contra del modo de pensar de quienes nos hemos formado en Marx, sostiene que buena parte de los análisis de los especialistas en economía son apenas narraciones

mitológicas que sientan las bases de una nueva religión: "La economía política es la teoría más falsificadora y depredadora del intelecto ficcional, creada para encubrir el carácter especulativo del capitalismo" (32). ¡Qué refrescantes resultan estas reflexiones!

Coincide con Braudel en que el capitalismo es la negación del mercado por la regulación de precios de los monopolios, que impiden la concurrencia de los productores. Continuando con su caminar a contramano, rechaza que el triunfo del capitalismo haya tenido nada de revolucionario y, en este punto, coincide con el análisis de Immanuel Wallerstein cuando asegura que el capitalismo no ha sido un progreso frente a los demás sistemas históricos. Por eso sostiene que lo verdaderamente revolucionario no es cuando el trabajador lucha por sus derechos contra el patrón, sino que "se resista a ser proletario, que lucha contra el desempleo tanto como contra el *status* de trabajador porque esa lucha sería socialmente más significativa y ética" (36). Recupera así la tradición más radical y anticapitalista del pensamiento crítico, tan olvidada en nuestros días.

En contra del pensamiento común y de Marx, sostiene que la fuerza del mundo rural y de la economía rural fue lo que impidió que el capitalismo se convirtiera, durante el período greco-romano, en el sistema social dominante. Son coerciones extraeconómicas, unas desde arriba y desde afuera, las aves de rapiña con las que Braudel identifica a las fuerzas capitalistas; desde adentro y desde abajo las que se oponen a que los gavilanes ("el hombre fuerte y astuto", una frase que bien podría haber utilizado Pierre Clastres) se apropien del gallinero.

En segundo lugar, el libro destruye uno tras otro preconceptos falsos, como aquel que identifica al capitalismo con la producción o el crecimiento, siendo que el capitalista sólo se especializa en hacer buen uso de la fuerza del dinero (p. 62). Se trata de un monopolio de poder que se impone desde fuera a la economía, como sostiene en un capítulo fundamental titulado "El capitalismo es poder, no economía". Usan la economía, pero son otra cosa, concentración de fuerza, armada y no armada, capaz de confiscar la plusvalía, los excedentes que produce la sociedad.

La crítica a *El Capital* de Marx es demoledora, pero sobre todo es muy valiente, muestra el tipo de valor de un pueblo/prisionero que sólo tienen sus cadenas para perder, porque ya perdieron la libertad y la muerte les pisa los talones. En esa situación extrema, casi al borde del abismo, Öcalan nos brinda una estupenda crítica del modernismo capitalista que atraviesa la principal obra del socialismo científico. "El Capital funciona como un nuevo tótem que ya no es útil para los trabajadores". Y relaciona esa conclusión, "al error de intentar delimitar al terreno de la economía, cuando el capitalismo no es economía, y a considerar económicos aspectos básicos que no lo son" (99).

La obra de Marx es tributaria, según Öcalan, de "una ofuscación mental 'ilustrada'", de cuño positivista y economicista, visión del mundo a la que responsabiliza por el fracaso de siglo y medio de luchas por la libertad y por una sociedad democrática.

Destaca la urgencia de estudiar las formas de Estado, sobre todo el Estado-nación, sin hacerse la más mínima ilusión sobre esta institución a la que define como "un monopolio que en base al excedente y a la plusvalía sustraída a la sociedad a través de un sistema monopolista" (106). Este Estado-nación es, en tercer lugar, la forma de poder propia de la civilización capitalista. Y, véase, que dice "civilización", y no capitalismo a secas, porque es algo integral, que funciona como "un río principal" que bebe en las primeras formaciones sumeria y egipcia, llega a la madurez en el mundo grecorromano, el cristianismo y el islam; "mientras que la civilización europea sería una época de descomposición y caos" (143).

En una mirada muy profunda sobre las sociedades, sostiene que la llamada lucha de clases no es el motor de la historia, sino que los conflictos verdaderos suceden entre conjuntos sociales, a los que denomina "la sociedad estatal y las sociedades democráticas". En su profunda vocación anti-estatista, rechaza el concepto de hegemonía como instrumento analítico y propuesta de quienes pretenden cambiar el mundo. "La hegemonía significa poder y el poder no puede materializarse sin dominio, que no puede existir sin el uso de la fuerza" (144).

No obstante, no confunde Estado con poder. Sostiene que el poder es una tradición, la más antigua, que tiene especial tendencia a la concentración. El Estado, por su parte, es algo más concreto pero de mayor duración, que "se formó en base a un sistema

jerárquico sobre la domesticación de la mujer, con la servidumbre y la esclavitud". "El poder contiene al Estado pero es mucho más que el Estado", escribe Öcalan.

Pero la toma de ese Estado termina por "pervertir al revolucionario más fiel" (174). Concluye asegurando que "ciento cincuenta años de heroica lucha se asfixiaron y volatilizaron en el torbellino del poder", lo cual es algo estructural, por decirlo de algún modo, que no depende de que Stalin o cualquier otro sean mejores o peores personas, como nos quieren hacer creer los reformistas y hasta los revolucionarios estatistas.

Por último, Öcalan sostiene que el capitalismo lleva a la crisis total de la civilización (171). Este punto me parece central. Hablar de crisis de civilización, de la civilización moderna occidental capitalista es, por un lado, mucho más fuerte y abarcativo que mentar la crisis de la economía o del capitalismo para adentrarnos en el fin de algo que las incluye y supera a la vez. Por otro, nos permite visualizar la profundidad de los cambios en curso. Una civilización entra en crisis cuando ya no tiene los recursos (materiales y simbólicos) para resolver los problemas que ella misma ha creado. Por eso estamos en el umbral de un mundo nuevo.

Sólo resta decir que sería necesario que los militantes de todo el mundo se familiaricen con la obra de Abdullah Öcalan y con la resistencia del pueblo kurdo. Es una de las tareas más urgentes ya que, junto a los zapatistas de Chiapas, encarnan lo mejor de la acción emancipatoria y del pensamiento crítico de este período. Dejarnos iluminar por su sabiduría no puede sino enriquecer nuestras luchas.

Raúl Zibechi,
Montevideo, marzo de 2017

1 *Escritos sobre Historia*, FCE. México, 1991, p. 64.

2 En *Discurso sobre el colonialismo*, Akal, 2006, p. 84.